

CÉSAR URIBE PIEDRAHITA: APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA¹

*Los mundos nuevos tienen que ser
vividos antes que explicados*
Alejo Carpentier

Augusto Escobar Mesa
Universidad de Antioquia
aescobarm49@hotmail.com

Personalidad polifacética

César Uribe Piedrahita “nació en el trópico pero derrotó a todos los parásitos, los metió en un frasco para hacer un experimento un día cualquiera”, así lo recuerda un periodista de su época (Emilia 1951). El “Mono Uribe”, para sus amigos o el “estafilococo dorado”, como lo llamaban entre sí sus estudiantes de medicina, por el color de sus cabellos, nació en Medellín, capital de Antioquia, el 16 de noviembre de 1896 en una familia de seis hijos formada por Emilio Uribe Gaviria y Margarita Piedrahita Soto, y murió en Bogotá el 17 de diciembre de 1951.

En la opinión de sus contemporáneos, fue un hombre de personalidad polifacética que realizó múltiples actividades e hizo carrera en muchos oficios y a quien siempre lo persiguió una sed infatigable de aventura. Cuando para los demás el día tenía escasamente ocho horas laborales y el tiempo no alcanzaba, para el Mono Uribe el día y la noche se explayaban durante veinticuatro de actividad, bien fuera en la labor científica, en la actividad artística o en la bohemia que degustaba con placer. Era un hombre que “parecía gozar de la vida por todos los poros y que se revelaba en una continua explosión de inteligencia” (Nieto 1951). Vivió siempre fiel a sí mismo y ajeno al medio capitalino erizado por el recelo, por la envidia enfermiza, “esa que mata, que envenena, destroza e infama, y renace como el ave fénix, de sus propias cenizas” (Emilia 1951).

Uribe no cejó un instante en la búsqueda de la verdad en todas las formas de vida: desde los protozoarios hasta el hombre, pasando por las plantas, las flores, el arte, la música, la bohemia y la escritura misma. Con su pelo color azafrán, sus ojos claros de pupila negra y reflejos metálicos, su fino humor, su amor por la naturaleza, el cual le acompañó siempre, su “implacable anhelo de justicia universal y una voluntad

imperturbable en tensión permanente” (Franco 1951), tuvo Uribe el don de hacerse querer siempre por todos aquellos que le conocieron (Nieto 1951). La vida y accionar de este científico y escritor fue en grado sumo singular, como lo reconoce uno de sus contemporáneos:

César Uribe era un hombre fuera de catálogo. Dedicó su tiempo, su inteligencia y la bondad de su corazón a diferentes actividades con el exclusivo objeto de servir a sus semejantes. Y siempre logró sobresalir en todo lo que llevó el sello de su extraordinaria capacidad de trabajo. Son pocas en verdad las biografías que pueden ofrecer un interés tan apasionante, como la de este científico, letrado y artista, que en toda y en cada una de las actuaciones de su vida, desde las más sencillas hasta las que se tomaban como trascendentales, daba la impresión del hombre tocado de genialidad... Pero antes que el médico, el escritor y el acuarelista que dejó trabajos que son auténticos exponentes de esa difícil técnica, por su transparencia, delicadeza y modo de enfocar el tema, estaba su alta condición humana. Tenía de la vida una original concepción que le permitía valorar cada cosa en su exacta medida. La fuerza de la voluntad y la reciedumbre del carácter, no impidieron jamás que se manifestara la bondad del corazón. Buscaba siempre el lado amable de todo, porque comprendía y perdonaba. Poseía un sentido bohemio de la existencia y supo ejercer la amistad con la delicadeza y la lealtad de quien la considera como algo sagrado en el paso por la tierra (Moreno, 1951).

Antes que las reformas liberales de los años 30 posibilitaran el desarrollo de una cierta conciencia social, Uribe había ya manifestado una sensibilidad social propia de un espíritu inquieto y distinto, y a quien ninguno de los dolores de los campesinos, indígenas y seres marginales, le fueron ajenos. Bullía en él el “espíritu ardiente del revolucionario” y el deseo de progreso, con equidad, para todos los sectores de la sociedad colombiana. Su personalidad se desarrolló desde la época de estudiante con un sentido positivo y sin declives. Nunca decayó su fe ni menguó su esperanza en un futuro mejor para los colombianos (Franco 1951).

Hombre de cultura universal, recorrió los caminos del saber científico, del pensamiento humanista y los senderos excelsos del espíritu a través de las artes y la literatura: médico, cirujano, naturalista, bacteriólogo, salubrista, investigador, etnólogo, arqueólogo, coleccionista de obras de arte, educador, escritor, crítico de arte, acuarelista, músico, dibujante, grabador, administrador, aventurero y bohemio.

Bonilla Naar, colega y amigo de Uribe reconoció en éste un cerebro excepcional por polifacético y brillante, quien dominaba con la bondad todos sus actos, pero esa naturaleza de ser distinto, también lo llevó al infortunio. Era un hombre que sabía de todo y llegaba a “límites increíbles” su preparación paramédica. Parece que la frase de Letamendi fue su guía: “el médico que no sabe más que medicina debe tener por cierto que ni medicina sabe”. “Su cultura, agrega Bonilla, era de magnitudes tales que sólo era conmensurable con la dimensión de su modestia extrema” (Bonilla 1951).

Otro colega del escritor sostuvo que la personalidad de Uribe podría resumirse con una sola palabra: genialidad, por la índole de su temperamento, la espiritualidad de su sentir, lo aquilatado de sus atributos. El profesor Richet conceptuaba que el genio era la superioridad del individuo sobre el medio que actuaba, y Joly, comentando la correspondencia de Mozart afirmaba que “el hombre de genio se ocupa más en hacer que en preguntarse cómo se hace”. Al respecto Luque explica que:

César Uribe jamás hubiera podido llevar a la práctica cuanto realizara su vida fecunda, si por un momento hubiera reflexionado en la desproporción entre los elementos de que disponía y lo inmenso de las finalidades que buscaba. ¿Qué podría pensarse del hombre que con modestísima capacidad económica soñara con viajar, quisiera descubrir, construyera imaginativamente laboratorios de investigación y de estudio? ¿Que había perdido la razón! Aquí, el pensamiento lombrosiano que ve en la genialidad una locura (Luque 1952).

Luque da una imagen cercana de la personalidad de Uribe a quien conoció de cerca y con quien compartió inquietudes y motivaciones:

Poseía especial facilidad de palabra y gustaba desmenuzar cuestiones de diversa índole... Conocía la historia colombiana y citaba hechos, fechas, nombres con extraordinaria exactitud. Fascinaban sus narraciones sobre pueblos, costumbres, andanzas, correrías o travesuras. Veterano de nuestra literatura, que sabía ampliamente, recitaba trozos en prosa o verso, acentuando siempre la frase o pasaje que más retuviera su atención. Lo analizaba, lo complementaba, lo asimilaba todo, pasándolo por el tamiz de su extraordinaria inteligencia. Disfrutaba como pocos la virtud, la fuerza y las disposiciones necesarias para producir belleza. Sentía en su interior las vibraciones del sonido, del color o de la luz, y su temperamento de verdadero artista palpitaba al calor de sus sueños y de

sus emociones. Más que imitar la naturaleza, sabía amarla, comprenderla e interpretarla (Luque 1952).

Como decía el poeta Guillermo Valencia, Uribe Piedrahita poseía conocimientos que lo hacían merecedor del nombre de “Caballero del Renacimiento” (Mujica 1977).

Trayectoria académica y profesional

Estudió bachillerato en el colegio San José de Medellín dirigido por los hermanos cristianos de la comunidad de Lassalle. En 1913 ingresó a la Universidad de Antioquia donde realizó estudios de medicina y ciencias naturales hasta 1918. En 1920 se graduó de médico y cirujano con una tesis reconocida, producto de una experiencia en las selvas del occidente antioqueño. Entre noviembre de 1918 y abril de 1919 se vinculó como médico a un grupo de ingenieros que pretendían hacer el trazado del ferrocarril de Urabá. Las experiencias de este viaje y el material recogido entre las comunidades de indígenas y de colonos de la zona selvática del lugar, le sirvieron para elaborar una tesis novedosa, llena de “interés científico, desde el punto de vista de la geografía física como de la geografía médica de la región (Toro, 1920).

En 1921 ingresó becado a la Universidad de Harvard y a pesar de los apremios económicos que tuvo que soportar, sobresalió académicamente. A los cuatro meses de haber ingresado a la institución, conferenció sobre tripanosomas, como asistente de patología comparada del reconocido profesor E. E. Tyzzer. Antes de terminar su especialización fue nombrado agregado del laboratorio de patología comparada, instructor de protozoología y helmintología en los cursos de los médicos recién graduados. Fue seleccionado para dictar el curso de laboratorio clínico ante la ausencia del profesor A. W. Sellars, titular de la materia (Uribe W. 1937). Fue también instructor en el laboratorio de Wasserman y en el curso de enfermedades infecciosas de la Escuela de Medicina Tropical de Harvard. Confeccionó allí diez mapas murales sobre la clasificación de los protozoarios, mapas que fueron enviados por la Universidad a la exposición internacional de medicina tropical en el Brasil (Tisnés 1952).

Obtuvo con honor el doctorado en Medicina Tropical de esa prestigiosa universidad norteamericana, que lo envió luego a Venezuela a investigar sobre tripanosomas y cercarias. Pero de paso hacia el país vecino, regresó a Medellín, en 1923, a casarse con Lucrecia Uribe Lince, quien fue el “eje científico y escudo espiritual y moral” de César Uribe (Tisnés 1952). En su largo peregrinar, primero por el país y después por

casi todas partes, su esposa fue la compañera inseparable, y la que dio aliento en muchas aventuras para seguir adelante. Con ella, Uribe viaja a la zona petrolera del golfo de Maracaibo donde trabaja, primero, de laboratorista y después de cirujano y director de un hospital norteamericano ubicado en la zona de explotación petrolera (Salazar 1944).

A medida que Uribe conoce la situación de injusticia social, de explotación por parte de las grandes compañías multinacionales y de la represión sociopolítica de la dictadura en Venezuela, se fue comprometiendo con los habitantes de la región y colaboró con los militantes políticos que vivían en calidad de presos dentro de una zona restringida del Estado de Valera. Se dice que ayudó económicamente a los líderes rebeldes y que viajó desde Curazao a Venezuela en un barco cargado de municiones para el grupo de inconformes con la dictadura (Salazar 1944; Zapata O., 1948; Uribe W. 1977). Este tipo de actividades y su compromiso cada vez mayor con la población civil afectada, hizo que la Universidad de Harvard solicitara su regreso a Estados Unidos, hacia 1925, para que continuara trabajando como profesor e investigador de planta.

Al año siguiente retorna a Colombia invitado por el gobierno nacional para dirigir el Instituto de Higiene de Bogotá y posteriormente el Instituto de Higiene Nacional. Entre 1926 y 1930 y después entre 1933 y 1937 se desempeñó como profesor de bacteriología y parasitología de la facultad de Medicina de la Universidad Nacional y en la Escuela Nacional de Veterinaria, actividad en la que se caracterizó por la actualidad de sus conocimientos y el avanzado criterio pedagógico en sus cursos. En esta época fue representante a la Cámara con la representación estudiantil. Conformó, luego, un equipo de trabajo con otros dos “mosqueteros de las ciencias”, como llamaban al médico Ernesto Osorio, uno de los más prestigiosos entomólogos del país y a Luis María Murillo, experto cartógrafo y biólogo (Murillo 1952).

De su vocación y dedicación al conocimiento, Uribe White afirma que:

el mono es, ante todo, el maestro. El quiere enseñar, transmitir, estimular, mejorar. Dar de sí todo lo que puede. Le falta tiempo para aprender, para asimilar y retornar, sin beneficios reatos, a quien quiera el oro de sus crisoles. Si, ese del microscopio, de la expresión intensa sobre el tubo de ensayo, de las horas sin cuento en el micrótomo, sobre los volúmenes ininteligibles, con el lápiz inquieto, ese es el César profesor (Uribe W. 1936).

En 1932 el presidente Olaya Herrera lo nombró rector de la Universidad del Cauca. Este nombramiento significaba para Uribe cerrar el laboratorio que había fundado con su esposa y el cual le reportaba un salario siete veces mayor, sin embargo, aceptó dirigirla con la intención de modernizarla (Moreno 1951). A pesar de la resistencia de ciertos sectores de la sociedad payanesa al cambio de las políticas internas de la Universidad, logró reestructurarla sustantivamente, luego de decenios de anquilosamiento, y ponerla a participar activamente en “los nuevos rumbos que tomaba la vida nacional” (Jaramillo U. 1989).

Rescató para la Universidad uno de los mejores laboratorios que había en el país. Formó el Orfeón y reorganizó el museo con piezas arqueológicas y otros materiales encontrados en la zona, incluyendo los aportados por él en sus viajes, sobre todo al volcán Puracé cerca de Popayán. Dotó y actualizó la biblioteca y estimula la investigación; fomentó las clases y exposiciones de pintura, cerámica y escultura (Nieto 1951). Promovió, además, la llegada de conferencistas reconocidos del país y del exterior; estableció la cátedra de higiene y de educación sexual, así como la gimnasia y el deporte al aire libre, los cuales estaban prohibidos; y permitió la representación de los estudiantes a los consejos administrativos de la Universidad (Helg 1984). Hizo estos cambios audaces con la mayor convicción personal y sin alardes públicos. Como recuerda Paredes: “jamás pronunció un discurso ni era amigo de la peroración. Prefería conversar, y en la cátedra y la tertulia, imponía su agudeza y extraordinario sentido de la persuasión” (Paredes 1977).

En marzo de 1932, Uribe, como fotógrafo, médico y arqueólogo realizó una excursión al volcán Puracé, ubicado a 4646 metros de altitud, en compañía del geólogo E. Hubach, del político Guillermo León Valencia y del ingeniero E. Uribe White, quien fue luego el fundador y editor de la Revista Pan. En este viaje de conocimiento Uribe recogió rocas especiales, plantas y pequeñas especies animales para el ideado museo de la Universidad que dirigió; igualmente filmó una película sobre la actividad del volcán y sobre los alrededores de tan espectacular mole natural (Uribe W. 1935c). El film será exhibido en la Universidad y en otros centros de interés de la ciudad de Popayán.

Los años treinta, década de cambios significativos en la vida del país debido a causa de la visión progresista del gobernante liberal Alfonso López Pumarejo, quien dirigió el país en dos ocasiones, entre 1934 y 1938 y de 1942 a 1945, fue propicio para el desarrollo no sólo de la educación, la cultura y el pensamiento social y humano, sino

también de las ciencias naturales (Tirado 1983). Un testigo de los nuevos cambios en la educación, compendia así el sentimiento que afloraba en muchos jóvenes de la época: “Es necesario que la gente nueva de la Universidad, los que soñamos con una patria libre en lo material y en lo espiritual, vayamos sin resistencias a la base de la transformación social de la República, a la escuela liberadora” (Ortiz 1934). En 1933 se decidió la creación de la institución científica más importante del país, la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicoquímicas y Naturales, que empezó a funcionar efectivamente en 1936, y en la cual Uribe participó como miembro constituyente, por los méritos alcanzados con sus investigaciones sobre microbiología, bioquímica, parasitología y toxicología (Poveda 1989).

En 1935 fundó con su esposa, su cuñado Carlos Uribe Lince y Efraín Salazar Silva los laboratorios CUP (César Uribe Piedrahita), una de las fábricas de productos farmacéuticos más reconocidas por haber sido la primera en la venta de productos genéricos hechos en el país y por haber llegado a los rincones más apartados de la accidentada geografía nacional y a otros países vecinos (Nieto 1951). Fue un laboratorio dedicado a la investigación científica y al servicio de la sociedad colombiana. La biblioteca como los laboratorios de la empresa siempre estuvieron abiertos a los investigadores nacionales.

En 1928 asistió al Cairo como representante de Colombia a un congreso mundial sobre medicina tropical. Por su labor médica y científica fue condecorado con la orden “Caballero del Nilo. En sus viajes por Europa, América, Medio Oriente y África, aprovechó para informarse sobre los avances en el campo de la medicina tropical y las ciencias naturales y para aportar los conocimientos adquiridos a través de sus incesantes experiencias y estudios. En Khartún, capital del Sudán anglo egipcio, a finales de los años treinta, trabajó en la Escuela de Medicina tropical. El dominio del inglés, el francés, el portugués, el italiano y el alemán, y la calidad de su trabajo investigativo que venía ampliándose desde sus primeros estudios en la región de Urabá en 1918, le permitieron establecer contacto e intercambiar información con científicos de la talla de Kahn y Tyzzer, este último el más reputado bacteriólogo de la época y quien dedicó sus libros a Uribe (Salazar 1944). Fue miembro de varias academias científicas nacionales y extranjeras.

Con el científico, y también antioqueño, el padre Enrique Pérez Arbeláez, realizó una expedición botánica por los Llanos Orientales y selvas aledañas, de la cual regresaron con un sinnúmero de plantas y dibujos que les permitieron establecer el primer herbario nacional en casa de Uribe, a falta de un lugar oficial adecuado. Años

después, en 1938, Pérez Arbeláez dirigió el Instituto Botánico en la Universidad Nacional (Uribe W. 1938). De los numerosos viajes por todas las regiones de Colombia y las de otros países, Uribe dispuso en su casa, antes de abril de 1948, de cientos de plantas y millares de insectos. Tenía coleccionadas 80 especies de caracoles que había estudiado, escrito y dibujado, además de miles de páginas inéditas sobre enfermedades de plantas, animales y humanos, y centenares de dibujos (Salazar 1944; Zapata 1948).

El Mono Uribe, siempre que podía, se lanzaba a la aventura más allá de la capital, de ese ambiente enrarecido que lo tenía, dice, “hasta más arriba de la coronilla”. Ya Miguel Antonio Caro lo había sostenido en el siglo XIX: “A la gente que viene a Bogotá no la mata la altura, sino la envidia” (Emilia 1951). “En Venezuela –dice irónicamente Uribe en la dedicatoria de su novela *Mancha de aceite*– no conocí las intrigas capitalinas de las altas esferas oficiales”, aludiendo al burocratismo de las capitales que asfixiaba cualquier iniciativa y el ánimo de lo novedoso, de lo productivo.

En agosto de 1935 efectuó un viaje alrededor de la Sierra Nevada de Santa Marta con el doctor Simón Medina, el geólogo E. Hubach y el escritor e ingeniero Enrique Uribe White, con el fin de determinar el sitio apropiado para la creación de un sanatorio moderno –al estilo europeo–, auspiciado por la Dirección Nacional de Higiene (Hubach 1935). Idea ésta que en el siglo XIX no pudo realizar el francés Elisée Reclus, a causa de las dificultades que tuvo que afrontar y de no encontrar un lugar adecuado para el sanatorio por lo abrupto de ese macizo colombiano (Reclus 1855).

En Santa Marta, Uribe se interesó por la cultura precolombina originaria de la región; poco después publicó un artículo exaltando el valor de la cultura y de los dioses aborígenes (Uribe P. 1936b). Era vasto su conocimiento sobre la cerámica precolombina y disponía de numerosos ejemplares que había dibujado con eficaz maestría para distintas revistas (Mejía F. 1939; Uribe P. 1936). Aprovechó su permanente contacto con algunas comunidades indígenas para intercambiar conocimientos, no sin antes aprender sus dialectos, entre ellos el siona, el huitoto y el guajiro. Aprendió de los indígenas, además, las virtudes de ciertas plantas que utilizan para curar sus enfermedades. Más que curiosidad, Uribe encontró en ellos una sensibilidad especial, una visión de la vida y una cultura tan particular, que los tuvo una alta estima: “entre ellos –afirma– dejé mis mejores amigos”, y les dedicó en reconocimiento, *Toá*: “Al Cacique y Gran Capitán Ifé, jefe de los huitotos; a

Ebeitequechiana, a Iutubide, a Tiracahuaca, a Chové y a Faustino” (Uribe P. 1933). Los indios del Putumayo lo llamaron “hermano” porque hablaba y compartía la vida con ellos. Se solidarizó, también, con los negros, con los pescadores de las costas a quienes recreó en su novela inconclusa *Caribe* (Uribe, 1936–1939), y con el campesinado, con el obrero explotado por las compañías multinacionales, a quienes describió con gran eficacia en *Mancha de aceite*, anunciada por la prensa de la época (1935), como “novela antiimperialista”.

Todo ese cúmulo de información escrita, las fórmulas, dibujos, proyectos y las millares de muestras recogidas en sus viajes, exploraciones e investigaciones, desaparecieron junto con los laboratorios CUP el 9 de abril de 1948, cuando Bogotá fue arrasada por las turbas insurrectas en venganza por la muerte del líder liberal popular Jorge Eliécer Gaitán (Santa 1982; Alape 1983). A pesar de que “nunca lo derrotaron los malos instantes” (Emilia 1951) y de que luego del incendio reconstruyó el laboratorio, para Uribe ya nada fue igual. La derrota moral la llevó por dentro. “Ese día [de abril –dice–], lo perdí todo” (Nieto 1951).

Poco tiempo después se retiró enfermo a su casa de campo “La orquídea” –la flor que más apreciaba– en Sasaima, pueblo de la sabana de Bogotá. Se instaló allí para recuperarse y descansar del intenso ajeteo de vida que había llevado; sin embargo, hasta allí llegaban los campesinos a hacerse examinar y a escuchar algún sabio consejo de un hombre generoso que había dispuesto su experiencia y conocimiento para beneficio del país. Observando tal vocación y compromiso de vida, uno de sus amigos afirmaba de él, en 1937, que “era el colombiano que más amaba a Colombia” (Uribe W. 1937). A aquel pueblo de la sabana, fueron también sus amigos a compartir su conversación sobre asuntos de arte, sobre música clásica –Uribe ejecutaba en el violín) y sobre plantas y flores que pintaba con gran colorido y armonía (Nieto 1951).

Para Uribe White, César Uribe es un ser singular dotado de innumerables virtudes y quien:

sorbe la luz campesina y alegra todos los cuartos de sus amigos con acuarelas de coloridos a lo Sargent y firme dibujo; el de gubín y navaja sobre indócil madera; el de la pluma paciente y sabia ante el ánfora indígena, el de la filmadora y las clases de canto, ese es el “Mono” artista, de la pupila ante lo bello. El que asusta un día los ríos inexplorados, con el “paf– paf” de motor improvisado sobre cualquier canoa; el que, en los

montes de Urabá persigue ranas verdes y bejucos letales, el que asciende volcanes, huronea en precipicios y se pierde en las callejuelas del Cairo y se unta de sangre y petróleo en las esclavizadas márgenes del lago, ese es el aventurero de la sed inexhausta de horizontes, del deseo sádico de hincar los dientes en las reconditeces de la vida (Uribe W.1935b)

Su casa tenía forma de barco y paredes de acuario, como para no olvidar que su vida había sido una incesante aventura y lo fue hasta sus últimos días.

Investigaciones médicas y biológicas

Uribe inició su trabajo científico investigativo al vincularse a una expedición de ingenieros en las selvas del Urabá antioqueño en 1918, como ya se dijo. Aprovechó el contacto con los indios catíos para estudiar la manera empleada por éstos para preparar el veneno “niaara”, utilizado para envenenar sus flechas de caza; también efectuó estudios físicos, químicos y fisiológicos de este tóxico. Esta experiencia le sirvió para realizar investigaciones sobre los pelos urticantes de arañas y gusanos, sobre los artrópodos, ofidios y peces de importancia médica en la región; sobre la utilidad de ciertas plantas medicinales y la parasitología y anatomía patológica del bubón tropical. Encontró, además, los protozoarios parásitos de las plantas lactíferas. En su tesis estudió aspectos relacionados con el clima, la fauna, la flora y las enfermedades tropicales de los pobladores de la región. Hizo observaciones clínicas y parasitológicas sobre el paludismo, la amebiasis y el pian (Uribe P., 1920).

Durante su estadía en Estados Unidos publicó diversos trabajos científicos sobre protozoarios en el *Journal of Parasitology*, en *Proc. of American Academy of Science* de Washington y en otras revistas de Norteamérica. Estando allí, en 1922, hizo algunas observaciones sobre el ciclo evolutivo del *Heterakis Papillosa* en los pollos (Uribe P. 1921, 1922). Fue enviado a Venezuela por la Universidad de Harvard para dilucidar el ciclo biológico de los esquistosomas en ese país.

Estudió el *T. cruzi* y los parásitos del hígado de varios caracoles y encontró lesiones cerebrales en los renacuajos (Uribe P. 1925). Conoció al profesor Pitier, renombrado botánico francés, con quien compartió algunas de sus observaciones investigativas. Trabajó con E. Tejera, importante científico venezolano, y en colaboración con el profesor Agustine, jefe del departamento de anatomía comparada de Harvard, describe nuevas cercarias. De regreso a los Estados Unidos investigó sobre las estructuras nucleares y sobre la patología del black head. Publicó nuevas

investigaciones y colaboró con el profesor Tyzzer y sus asociados en trabajos de anatomía microscópica de algunos trematodos (Uribe W. 1937).

En Colombia fue reconocido, una vez regresa de los Estados Unidos, como uno de los más distinguidos investigadores en el campo de la parasitología, la biología y la histología. En 1926 descubrió nueva critidia, que es una forma evolutiva del tripanosoma encontrada en insectos de género reduvivo (Uribe P. 1926a). Publicó, entre muchos, artículos por la infección del *rhodnius prolixus* stahl o chinche, por tripanosoma cruzi y tripanosoma rangeli, parásitos que causan la enfermedad de Chagas (Uribe P. 1926b, 1929a); sobre los tripanosomas en los equídeos de Colombia (Uribe P. 1950), sobre la evolución del heterakis papillosa (Uribe P. 1922), los flagelados intestinales de la sangre y sobre los trematodos del zorro y muchos otros temas. Desarrolló un nuevo concepto respecto a la transmisión al hombre del tripanosoma, porque el concepto clásico hacía referencia únicamente a la infestación del hombre por deyección de los rodnius prolixus. Descubrió que la transmisión de tal mortal enfermedad puede ocurrir también por picadura de los rodnius. Concepto que marcó una época en la profilaxia de la tripanosomiasis (Uribe P. 1926, 1929a). Con sus investigaciones, en 1929, sobre la tripanosomiasis equina que produce renguera, se habló de la importancia de este estudio y de lo que significaba para la economía del país (Uribe P. 1929b).

En 1930 realizó una serie de estudios sobre el metabolismo basal, el cual consiste en el gasto fisiológico de energía mínima de un individuo para vivir, y ensayó nuevos instrumentos para mantener con vida a un paciente (Uribe P. 1930–9131). Con el doctor Federico Lleras Acosta, el primer bacteriólogo del país, aplicó en los pueblos de Guaduas y Tocaima, con resultado satisfactorio, el método D`Harelle, mediante el cultivo del cocobacilo en gran escala para la destrucción de las langostas que estaban acabando con los cultivos del lugar y afectando a la población. Estudió luego los parásitos que atacaban a las tortugas, batracios y aves de corral. Al inicio de la década del 30 Uribe fue considerado uno de los “biólogos modernos más seriamente notable” (Dollero 1930).

En 1931 demostró, por primera vez, que con la introducción del ganado cebú al departamento de Bolívar, se importaba también la tripanosomiasis vivax. Esta observación sólo vino a reconocerse años después, luego de negativos efectos para la población bovina (Uribe P. 1931). En ese mismo año fundó con Enrique Pérez (1896–1972), otro científico antioqueño, el Herbario Nacional que comenzó a funcionar en casa de Uribe (Forero 1977). Fue necesario esperar hasta 1938 para

inaugurar en la Universidad Nacional el definitivo Instituto Botánico de Colombia, bajo la dirección del padre Pérez Arbeláez. Durante la época de la dirección del laboratorio Samper Martínez, Uribe creó un laboratorio de serología, un serpentario y organizó un centro de toxicología.

En 1935 fundó CUP, uno de los laboratorios de productos biológicos, químicos y farmacéuticos más importante del país por su carácter netamente nacional. Allí se realizaron estudios en el campo de la parasitología y de la toxicología de la flora. Se produjeron vacunas y se preparó el primer suero antiofídico. Conformó un equipo de trabajo con el médico y fármaco dinamista Kalman Mesey, el bacteriólogo Carlos Uribe y los ingenieros químicos Efraín Salazar y Fernando Velasco. En 1944 el laboratorio fabricaba más de setenta productos, desde los cardiotónicos hasta los biológicos. Por el servicio social que cumplió esa institución y la política que impuso fue llamado el “Laboratorio de las puertas abiertas” (Murillo 1952).

Uribe representó a Colombia en varios congresos mundiales: en Egipto sobre parasitología y en México sobre indigenismo. En su ponencia sobre “Las enfermedades de los indígenas colombianos” presentada en 1940 al Primer Congreso Indigenista Interamericano, celebrado en Pátzcuaro, México, Uribe mostró la misma sensibilidad, sin abandonar el rigor científico, que había manifestado siempre con los sectores más desvalidos y olvidados de la población colombiana: indios, negros, colonos, campesinos de zonas aisladas (Uribe P. 1941).

En 1944 investigó una nueva especie de caracoles de la sabana de Bogotá, la cercaria *usaquenensis* (Uribe P. 1944). Este descubrimiento, según Renjifo, anula totalmente los conceptos que sobre esta materia fueron realizados en 1939 por el famoso profesor francés Brumpt y por el colombiano Hernando Ucrós (Renjifo 1952). En 1947 descubrió el myxobólido *pieifferi* como parásito de la vesícula biliar de la rana palmipes de los Llanos Orientales (Uribe P. 1947), y es el primero que describió el tricomonas especie en el intestino de los lagartos de los llanos (Uribe P. 1947b). Un año después describió un trematodo, parásito del intestino del Ibis, corocora de los llanos colombianos (Uribe P. 1948a).

Como lo indica Murillo, la ciencia colombiana se enriqueció con los numerosos trabajos de Uribe en protozoología, en especial con la toxicología de la rana *dendrobates chocoensis*, el conocimiento del principio diurético del llamado micay, el de los glucósidos de la digital, y otros más (Uribe P. 1945, 1946). En 1949, con dos colegas, Hernando Groot y Santiago Renjifo, permaneció durante seis meses en

el Instituto de Enfermedades Tropicales “Roberto Franco”, haciendo investigaciones sobre parasitología animal y humana. Estudiaron juntos, desde el punto de vista morfológico, biológico y epidemiológico, una nueva especie de tripanosoma humano y animal encontrado por Renjifo en la zona del río Ariari, Meta (Uribe P. 1950 a–c). Este trabajo, reconocido públicamente por la Academia Nacional de Medicina en sus sesión de octubre de 1949 (Uribe P. 1949), fue presentado por sus autores al Congreso de enfermedades tropicales reunido en Savannah, Georgia, Estados Unidos, en 1950 (Uribe P. 1950c; Renjifo 1952). Muchas otras investigaciones fueron realizadas por Uribe, Groot y Renjifo, algunas de las cuales fueron presentadas en congresos nacionales e internacionales, entre ellos, en Chicago, en 1950 (Uribe P. 1950 f–j).

Pero la más importante de todas sus aventuras e investigaciones fue la resolución de dedicar su vida a combatir científicamente el pian, la malaria y la disentería de gran parte de la población marginada del país (Moreno 1951). Muchos de estos logros, cuando no aparecían en publicaciones de carácter científico, eran reproducidos en una colección de fascículos titulados *Laboratorios CUP*, que él mismo diseñaba. Así divulgaba los aportes de los grandes maestros de la antigüedad. También aparecían los estudios de enfermedades y sus tratamientos, y no podían faltar los dibujos de médicos célebres y de curiosos grabados en madera (Nieto 1951). No hubo conocimiento adquirido por Uribe que no fuera dispuesto por él al servicio de la sociedad. Por sus investigaciones y actividad científica, entre los muchos reconocimientos, vale la pena destacar la Orden del Nilo en grado de Caballero concedida por el Rey Fuad de Egipto y la condecoración nacional de la Orden Mexicana del Águila Azteca, concedida por el gobierno mexicano en septiembre de 1940.

Actividad artística y literaria

La iniciación de Uribe a la escritura literaria se dio bien temprano, cuando realizaba sus estudios en la Universidad de Antioquia entre 1913 y 1918. En un periódico estudiantil de la facultad, publicó algunos artículos que eran impresiones personales sobre su visión de la naturaleza del medio, titulados “Diario de estudiante – Hojas de mi cartera”, y que fueron reproducidos después de su muerte. Según el doctor Luque, colega de Uribe, éste tradujo a los catorce años algunos poemas del poeta portugués Texeira de Pascoaes de Sao Paulo (Luque 1952).

Su viaje de investigación por el selvático Urabá antioqueño en 1918, su estancia e investigaciones en la vasta región que rodea el golfo de Maracaibo entre 1925 y 1926 y sus continuos viajes por todas las regiones de Colombia, luego de su regreso de los Estados Unidos en 1927, sirvieron de acicate a Uribe para plasmar en papel, madera, lino, cartón, la innumerables imágenes recibidas y que alguna vez le impresionaron. Acuarela, xilografía, lápiz, témpera y otros medios, fueron los adecuados para que diera rienda suelta a su imaginación, en unos casos, y en otros, para describir con el rigor del científico cada uno de los animales, plantas, flores, parásitos u objetos observados en el medio natural o a través del microscopio.

El primer encuentro con el arte lo tuvo Uribe en la exposición que organizó en Bogotá de los dibujos y caricaturas de Ricardo Rendón, uno de sus más íntimos amigos, y quizá uno de los más sobresalientes caricaturistas colombianos del siglo XX (Rodríguez 1976; Escritos 1939). Rendón fue para Uribe casi un hermano. Compartieron casi todas las actividades, en especial la pintura, que la hacían juntos en el campo o la ciudad; idealizaban lo que harían en el futuro, pero el destino fue otro para Rendón cuando aún muy joven se disparó un tiro en la cabeza, dentro del reservado de La Gran Vía. De allí lo llevaron a casa de Uribe, donde murió un día de octubre de 1931 (Moreno 1951).

A partir de 1935, Uribe promovió a muchos jóvenes artistas. Sus comentarios sobre arte o música mostraron el conocimiento que tenía de las artes en general. Fue un reconocido defensor de la pintura mural de Pedro Nel Gómez, quien tuvo no poco detractores, especialmente en el medio tradicional antioqueño (Uribe P. 1938a). También exaltó la obra de los pintores Gonzalo Ariza, Carlos Correa, José Posada (Uribe P. 1938b). Y fue, como dice Gonzalo Ariza, “uno de los mejores amigos de los pintores” (Ariza 1945).

Patrocinó a los artistas desde los laboratorios CUP, encargándoles obras, bien para publicidad, para decorar el lugar, o bien para la elaboración de almanaques artísticos. Dos obras cuyos fines fueron estos son: una caricatura de Rendón obsequiada al escritor titulada “El paso de Mercurio por el sol” y la cual sirvió luego como motivo de publicidad para los productos CUP y “Maternidad”, un pastel de José Posada. Muchas obras de artistas colombianos y extranjeros engrosaron su colección privada, una de las más importantes en su momento en el país y cual brindó gran satisfacción a él y a sus amigos, con quienes gustosamente compartió.

Los pintores de las nuevas tendencias artísticas que miraban irrespetuosamente la tradición del arte del momento, fueron los que tuvieron más acogida y mejores comentarios por parte de Uribe pero, paradójicamente, él no se salió, en su trabajo artístico, de los moldes clásicos, actitud que fue luego cuestionada y hasta estigmatizada por los jóvenes pintores (Murillo 1952). En 1931 tradujo el libro “Arte monumental prehistórico” sobre las excavaciones del Alto Magdalena y San Agustín (Huila), del profesor alemán K. Th. Preuss, una de las obras más importantes escritas sobre el arte escultórico de los indios de esa región del país (Ortega 1979).

Entre 1928 y 1932 realizó algunas excursiones científicas, entre las cuales sobresalen las de los llanos orientales, cuando viajó por la intendencia del Caquetá y recorrió los ríos Orteguaza y Caquetá donde estableció contacto con los indios y colonos de la región. Estos viajes le sirvieron para la elaboración de algunos trabajos científicos sobre la parasitología de animales y humanos y sobre las condiciones de vida y desarrollo cultural de los habitantes de la selva, así también le permitió conocer la situación de abandono y explotación del indígena amazónico. En el contacto con éstos aprendió sus dialectos, intercambió información sobre las plantas medicinales, y gracias a sus conocimientos de música, escribió, con la ayuda de otro colega explorador, los temas musicales de los indios boras, sionas y huitotos. De estas experiencias y otras, Uribe retuvo celosamente las mil imágenes provenientes de la exuberante naturaleza para, posteriormente, en 1932, escribir en quince días, en medio del apacible paisaje caucano de la hacienda “Coconuco”, que fue del presidente Mosquera, la novela *Toá: narraciones de caucherías*, publicada un año más tarde con ilustraciones de Arturo Aragón, Alberto Aragón Uribe y del mismo escritor.

La novela cuenta la historia de un joven médico que, ante el fracaso económico de su familia, es enviado por el gobierno a la región de caucherías a remediar la situación de indios y colonos explotados por inescrupulosos comerciantes peruanos y brasileños. Son muchos los sufrimientos que debe padecer el médico, a causa de su frágil contextura y de su ignorancia acerca del medio, antes de lograr alcanzar un mediano conocimiento de lo que realmente pasa allí. Descubre, no sin asombro, los atropellos de que son víctimas los indígenas por parte de los comerciantes extranjeros. Sus informes al gobierno no tendrán ninguna incidencia, porque es indiscutible la ausencia del Estado en aquellas regiones distantes y abandonadas al arbitrio de la ley del más fuerte. En medio de situaciones de injusticia social, de manifestaciones singulares de la naturaleza y de rumores de luchas intestinas entre grupos indígenas, entre colonos y caucheros y entre estos mismos por el dominio del

comercio en los grandes ríos amazónicos, el protagonista sabe de la historia de la india Toá y la busca desesperadamente hasta encontrarla, no sin que antes se produzca el rapto de ella, lo que generará conflictos entre comunidades tribales. Finalmente el protagonista puede acceder a Toá y brindarle su afecto último en la antesala de la muerte, en medio de aquella selva que pareciera no perdonar a sus transgresores, o a hombres ingenuos e idealistas venidos de la ciudad con ánimo redencionista, pero desconocedores por completo de las realidades propias de un medio natural tan peculiar como el amazónico.

Mientras algunos críticos consideran la novela como un epígono de *La vorágine* de Rivera y menos lograda que ésta (Medina 1977; Menton 1978; León 1971), otros estiman que es una “gran novela americana”, “mejor escrita que *La vorágine*” y en la que Uribe se muestra “más novelista que Rivera, aunque no tan poeta como éste” (Valle 1938; Mujica 1977; García 1933). Quizá uno de los que más ha profundizado sobre el alcance de la novela es el escritor y crítico Darío Ruiz al confrontar aquel comentario de que en *Toá* no se hace más que repetir el tema de la naturaleza y las caucherías ya suficientemente tratado por escritores anteriores a Uribe (León 1971). Al respecto, Ruiz opina que no existen temas gastados en la literatura; que es ingenuo pensar tal cosa. La selva o las caucheras de Rivera, dice, “nada tienen que ver con este ámbito –de *Toá*– donde la metáfora de la naturaleza se hace añicos y la aventura de un hombre en busca de sí mismo, en confrontación directa con aquellas razones que supuestamente deben fundamentarlo, amor, piedad, dolor, desembocan en un agrio y desolador retrato de una derrota histórica” (Ruiz 1986).

En esa novela, en medio de un clima de paludismo y miseria que diezma a la gente y la obliga a retornar a sus lugares de origen, se observa, según Cobo–Borda, “méritos no desdeñables”: la parquedad de su denuncia, la concreción de personajes que “se presentan a sí mismos a través de un lenguaje que es simultáneamente, su acción”; un lenguaje sobrio y eficaz, exento de arrebatos líricos e introspecciones psicológicas; laconismo, conocimiento de la naturaleza que trata; una “especie de congelado horror cinematográfico” en ciertos episodios, en fin, “un intento por romper los esquemas de una narrativa convencional” (Cobo–Borda 1978, 1989).

En el mismo año de su aparición, 1933, se publicó en el país una sola novela, *El gavián*, de Gregorio Sánchez (1895–1942) y se reeditaron las dos más importantes hasta ese momento: *María* de J. Isaac en Buenos Aires y *La vorágine* en Madrid (Porras 1976). *Toá* ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el ruso, con una tirada de veinte mil ejemplares y fue la única novela colombiana, con las dos clásicas

anteriormente citadas, que tuvo dos ediciones, en 1942 y 1945, en la famosa colección de literatura universal de Espasa–Calpe.

Entre 1933 y 1934, Uribe realizó varias xilografías del paisaje de la hacienda “Coconuco”. Algunos de estos grabados en madera aparecieron impresos en septiembre de 1935, en la segunda tirada de la *Revista PAN*, de la cual fue uno de los fundadores (Uribe W. 1936). Esta importante revista cultural y literaria nació como idea en Popayán y se convirtió en realidad en Bogotá cuando apareció su primer número en agosto de 1935, bajo la tutela y empecinada decisión de Enrique Uribe White, ingeniero, escritor, dibujante y traductor de Baudelaire, O. Wilde y de O. Khayyan (Ramírez 1989). Muchos artículos y capítulos de novelas de Uribe Piedrahita aparecieron por primera vez en PAN, así como la publicidad de los productos de los Laboratorios CUP, lo cual era una manera de subvencionar la revista. En marzo de 1934 dio a conocer en la revista *Acción Liberal* un capítulo de la novela *Mancha de aceite* que estaba escribiendo y el cual titula “El pozo No. 6”. Este capítulo corresponderá al segundo de la novela, editada el siguiente año.

Después de su paso por la rectoría de la Universidad del Cauca (1932–1933), Uribe organizó de nuevo los laboratorios CUP, que convirtió en sociedad anónima; y en medio de sus múltiples actividades inició la escritura de su segunda novela que aparecerá con un subtítulo bien comprometido, pero que al fin y al cabo correspondía a la mentalidad que se venía respirando entre un sector intelectual y gran parte de la juventud universitaria: *Mancha de aceite: novela antiimperialista*. Esta novela, con veinticuatro grabados del pintor Gonzalo Ariza, muestra sin esguinces los conflictos sociales generados por las compañías petroleras instaladas en los alrededores del golfo de Maracaibo. La novela está construida a partir de varias historias que se entrecruzan. La primera, la instalación de las compañías petroleras extranjeras en el Golfo de Maracaibo y sus alrededores; los intereses que se mueven detrás de todo ello y la rivalidad entre las mismas compañías por obtener los mejores sitios de explotación con las máximas garantías gubernamentales. La segunda, la experiencia del médico y protagonista Gustavo Echegorri al servicio de las compañías: al inicio, su conformidad con el trabajo de médico en los campos de exploración, luego, su repudio al sistema de explotación humana de las compañías y, finalmente, su actitud de resistencia y de lucha contra ellas. La tercera historia corresponde a la relación amorosa y conflictiva entre el médico Echegorri y la esposa del superintendente de la compañía Standard Oil, Peggy McGunn. La cuarta se refiere a la correspondencia clandestina entre dos amigos: Alberto (en Colombia) y Gustavo (en Venezuela), en la que se pone de manifiesto las intrigas

de las compañías extranjeras que quieren controlar no sólo la producción del petróleo de Venezuela y Colombia, sino también sus gobernantes. Y una quinta, no narrativa, pero sí visual, tiene que ver con los veinticuatro grabados del pintor Gonzalo Ariza que acompañan la novela y dan cuenta, desde esta perspectiva, de la diégesis. Estas cinco historias que pueden leerse independientemente, se articulan sobre dos ejes temáticos básicos: el primero, el asentamiento, exploración y explotación de las compañías extranjeras del petróleo venezolano en el occidente del país, y el segundo, los dos últimos años de la vida del protagonista, Gustavo Echegorri, médico salubrista colombiano que es contratado por la compañía estadounidense Mun Oil Co. a trabajar como médico a su servicio. A medida que conoce el engranaje y explotación de las compañías, asume una voz de protesta y enrostra a éstas la tragedia que vive el pueblo en los campos de exploración, al igual que a la dictadura que engancha a miles de campesinos que servirán de cimiento a la línea del ferrocarril Madeira-Mamoré. Bajo unas u otra, los hombres morirán de hambre, paludismo, o esclavos del juego y la prostitución, o en las cárceles del dictador Juan Vicente Gómez. Echegorri será el chivo expiatorio en esa lucha contra tantas formas de esclavitud.

A su llegada a Venezuela –en los años veinte– Uribe dirige el hospital Sun, perteneciente a una compañía petrolera norteamericana. “Tuve que ejercer –cuenta Uribe– la medicina y la cirugía porque los médicos de la compañía me dejaban solo”. Luego de meses de encerramiento decide entrar en contacto con las gentes del pueblo y establece conexiones con los presos políticos. “Como yo estaba en desacuerdo con ese sistema, que me aterraba –agrega– me puse al servicio del pueblo, de manera gratuita. Me di a la tarea de atender a todo el mundo en todo lo que podía. Atendía hasta los animales”. La situación de las gentes en las petroleras era difícil y a menudo inhumana, como lo cuenta el protagonista de *Mancha de aceite*, su alter ego:

¡Los campesinos ganaban veinte centavos a lo sumo! ¡Veinte centavos de Bolívar! En las petroleras les pagaban cinco dólares diarios; tenían mujeres y diversas atracciones. Todos se fueron a ganar altos salarios y las montañas se despoblaron. Se daba grandes propinas a los jefes civiles por cada obrero que mandaran a las petroleras. Naturalmente, llegaban por montones y morían luego como moscas.

El médico Uribe se veía obligado, muchas veces, a expedir actas de defunción calificando esas muertes, “de muertes naturales” (Salazar 1944). Estos fueron algunos de los tantos motivos que serán tratados en la novela.

La posición asumida por Uribe hacia el pueblo generó una actitud de desconfianza por parte de la compañía petrolera, entonces, la Universidad de Harvard, que lo había enviado, le solicita su retorno a las aulas. La noción de justicia y de compromiso social le acompañará siempre. Sus novelas muestran un estado de injusticia social y Uribe se pronuncia contra ese estado, evidenciando lo que sucede en las caucheras del Amazonas, en las petroleras venezolanas, en el interior o en las costas del país. No importando donde fuera, observaba y constataba como la llaga social se acrecentaba en todas partes y de diversas maneras, bajo la acción de latifundistas, sirringueros, capitalistas, compañías multinacionales, gobernantes ineptos o dictadores, que asolaban al campesino, al colono, al indígena, al obrero, sin mostrar el menor escrúpulo moral, y lo peor, con la ausencia total del Estado que no se interesaba en poner coto a tales circunstancias enajenantes para ciertos sectores de la sociedad.

Hablando de la estructura y del lenguaje de *Mancha de aceite*, Álvaro Medina sostiene que:

Uribe Piedrahita no era un narrador fluido, pero sí vigoroso. En contraste con el adjetivismo de la prosa de Rivera, la suya en cambio era sustantiva. Pero este mérito, tan significativo en un momento en que la narrativa comenzaba a desembarazarse de la hojarasca lírica tradicional, lo condujo a adelgazar la atmósfera de sus novelas dentro del empeño de considerar únicamente los acontecimientos esenciales. Sin embargo, *Mancha de aceite* posee una estructura narrativa que la saca del montón y la destaca por encima de buena parte de las novelas latinoamericanas de los años 20 y 30. César Uribe Piedrahita debió ser un lector al tanto de las novelas de la literatura mundial y más especialmente de la norteamericana. La estructura de *Mancha de aceite* con su disposición en planos narrativos que consideran el montaje cinematográfico (planos no siempre marcados o separados por los asteriscos utilizados en la edición príncipe) y la inserción de textos documentales paralelos a la acción narrativa, indican un buen conocimiento y una perfecta asimilación del John Dos Passos de *Manhattan Transfer* [y de *Contrapunto* de Aldous Huxley]. En este sentido, Uribe se adelantó en casi 30 años a la concepción similar de Cepeda Samudio en *La casa grande*.

En Uribe, sin embargo, el proyecto es más ambicioso y más rico. Colocado al modo de gráficas marginales al texto pero complementarios de él, el autor incluyó nueve documentos, ocho cartas y una citación oficial del jefe civil del distrito. Si analizamos la manera como se insertan, considerando que las cartas son las de la correspondencia de “Doc” Echegarri (el protagonista) con la organización clandestina y con su amante secreta Peggy McGunn, es evidente la gran habilidad de Uribe para dar cuenta de las acciones que ocurren subterráneamente a los escuetos hechos narrados. No ya marginales sino involucrados al texto narrativo, aparecen otras cartas, varios carteles y un memorando del Ministerio de Fomento venezolano a las compañías petroleras... La diferencia que hace el autor entre uno y otro tipo de documentos y su colocación al margen o dentro de la narración según le hubieran llegado al “Doc” Echegarri abierta o clandestinamente, revelan su gran sentido compositivo para lograr una estructura dinámica en la que los textos paralelos y simultáneos o narrativos y documentales conforman un gran collage. Uribe Piedrahita concebía de este modo la novela con un espíritu muy cercano al de Joyce en *Finnegans wake* y anunciaba en cierto modo el Cortázar de *Rayuela* y al Roa Bastos de *Yo, el supremo* (Medina 1977).

En 1935, en comparación con 1933, aparecen publicadas once novelas colombianas, entre las que se destacan por su valor estético *Risaralda* de Bernardo Arias Trujillo (1903–1939), *El remordimiento* de Fernando González (1895–1964), *La cosecha* de J. A. Osorio Lizarazo (1900–1964), la reedición de algunas de las novelas de Tomás Carrasquilla (1858–1940) y las ediciones en inglés y en ruso de *La vorágine* (Porras 1976).

Como novelista, según el criterio de Ulises (Eduardo Zalamea Borda), uno de los más importantes críticos literarios que tuvo el país, César Uribe ocupará un lugar:

muy descollante entre los pocos colombianos que han agregado algo a la literatura novelística mundial. *Toá* y *Mancha de aceite* son libros de un valor positivo y que deberá conocer todo estudioso de nuestra literatura de la selva y del petróleo. El hombre que en esos dos mundos tangentes se mueve, se apoderó de la atención del novelista, que supo reproducir sus reacciones ante los problemas característicos de ambos ambientes y que no los traicionó psicológicamente y antes supo desnudar sus aspiraciones y presentarlas a quienes por lo menos en parte podían resolverlas. No creo

que fuese César un estilista. Su lenguaje directo mostraba más cuidado por la exactitud que por el primor. Por eso sus obras literarias son vigorosas y en ocasiones tienen una cualidad envidiable: la precisión científica del sabio que informa de un descubrimiento (Ulises 1952).

En mayo de 1936, Uribe publicó el artículo “Teolt en Santa Marta” en el que defiende las costumbres, creencias, mitos y artes de los aborígenes precolombinos de América Latina. Considera que la religión de los aztecas y mayas era muy superior en desarrollo a la de los griegos y romanos.

Tres meses después escribió un valioso texto sobre el arte quimbaya en la revista *Acción Liberal*, con treinta seis ilustraciones suyas. Posteriormente, en mayo de 1939, apareció en la *Revista Universidad de Antioquia* otro documento con veintiocho de sus ilustraciones sobre el arte precolombino colombiano (Mejía F. 1939).

Caribe: libro de aventuras, es el título de un capítulo de la novela que inicialmente pensaba escribir en guajiro y que publicó como adelanto y novedad la *Revista Pan* en julio de 1936. Un año más tarde aparece otro capítulo en la misma revista, profusamente ilustrado por el editor E. Uribe W. Un tercer capítulo –y último conocido– titulado “Caribe: pesca de perlas”, apareció sin ilustraciones dos años después, mayo de 1939, en la *Revista de las Indias*. En la opinión de Medina, *Caribe*

es uno de los proyectos más ambiciosos e insólitos de la narrativa latinoamericana. Anunciado como un ‘libro de aventuras’ y no como una novela, en los dos capítulos de *Caribe* que se alcanzaron a publicar [fueron tres], Uribe se reveló fluido en su prosa y seguro en el manejo de los diálogos. El tema, de contrabandistas y traficantes norteamericanos en el mar Caribe, se vislumbra en la descripción de los acontecimientos que tiene lugar en un pueblo de la costa Atlántica colombiana con la llegada de dos extranjeros recogidos al azar por los pescadores, uno de los cuales entra en amoríos con una joven del poblado para tener que abandonarla luego ardidado de pasión. El primer capítulo publicado se acoge a la forma tradicional y narra la llegada de los forasteros. El segundo, en el que se da cuenta del amorío, los peligros sorteados por los contrabandistas, la pesca de un manatí, la fiesta en un bar, la negociación de un lote de mercancía contrabandeada y la salida nostálgica del aventurero yanqui en un velero a un mar en calma chicha para ser localizados y sobrevolados por un avión

que luego se aleja, es un capítulo en que el texto manuscrito aparece dispuesto en cuadros desordenados que se imbrican, abren y cierran para admitir ilustraciones que se complementan o renglones en los que las letras son de diferentes tamaños, algunas veces en crescendo para denotar la fuerza de un grito. El Colombiano se introducía de este modo en la corriente que se remonta *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne, una novela publicada a mediados del siglo XVIII que sólo encontraría seguidores a partir de la década del 60 de este siglo con autores como el argentino Cortázar, el francés Le Clézio y el norteamericano Donald Barthelme (Medina 1977).

El afán innovador de Uribe Piedrahita no era gratuito. Tenía conciencia del trabajo literario que pensaba realizar. Esto se comprueba con la presentación que él mismo hace a su segundo capítulo titulado *Caribe*:

Presento este fragmento de *Caribe* escrito en una forma nueva, con la intención de mostrar en una misma página sucesos y actos que pasan y se ejecutan simultáneamente. La mayor parte de las secciones no tiene conexión directa. En muchos casos las escenas se contrastan sin complementarse. Intento con este sistema prescindir de la asociación lógica y de la sucesión de escenas a la manera clásica. Creo que todas las cosas y los hechos están en tiempo presente y procuro presentarlos en un mismo plano espacial. Estos capítulos son una especie de sonoro `trailer' cinematográfico, que apenas deja una sensación, un recuerdo confuso. Pese a las dificultades de impresión, creo que esta manera de escribir abre caminos literarios nuevos (Uribe P. 1937).

En un artículo publicado en la *Revista Universidad de Antioquia* en enero de 1938, se observa a un Uribe Piedrahita crítico riguroso al comentar un texto del doctor Alonso Restrepo titulado “Arte y eugenética – repique insonoro”, en el que se cuestiona los murales del pintor Pedro Nel Gómez. Uribe se pronuncia contra aquellos que desconociendo los asuntos del arte se meten a críticos y descalifican un trabajo pictórico serio y de gran alcance estético movidos sólo por el afán moralizante. Uribe aprovecha para resaltar el valor y la modernidad de la pintura de Pedro Nel Gómez. En octubre de ese mismo año aparece en la *Revista PAN* la presentación que hizo Uribe de la pintura de Carlos Correa, un discípulo reconocido de Pedro Nel Gómez. Lo que afirma del pintor, fácilmente podría atribuírselo a Uribe mismo: “El artista se esconde en su pequeñez, apenas salida de la pubertad, para gritar en sus lienzos,

acuarelas y dibujos toda la inquietud que bulle en su alma bellamente realista y humana”.

En julio de 1939 publica en *PAN* una parte de una de las más populares historias de la tradición oral colombiana, *Sebastián de las Gracias*, contada con mucha gracia y soltura y acompañada de ilustraciones del autor. De la segunda parte prometida no se sabe si fue publicada o no, aunque no lo fue en la revistas donde usualmente lo hacía. En 1942 fundó la *Revista Laboratorio*, que fue una publicación cultural de los laboratorios CUP, dirigida a los médicos y donde se publicaba asuntos diversos de la ciencia médica, del arte y la cultura en general e indígena. Esta publicación tuvo 31 números y duró hasta 1952, un año después de la muerte de su fundador.

En 1943 realizó la primera exposición pública de sus acuarelas sobre paisajes, flores, frutas y árboles, en los salones del Club Médico de Bogotá. En 1945 fue profesor de arqueología y prehistoria en la facultad de Arqueología de la Universidad Nacional, un área de conocimiento que comenzó a estudiar en sus primeros viajes por las selvas del Darién en 1918 y que después perfeccionó con sus investigaciones sobre el arte quimbaya en la zona cafetera del país. En ese mismo año hizo su segunda exposición en el Club Médico de Bogotá, para celebrar sus veinticinco años de vida profesional. Allí exhibió una serie de “Muñecos” que revelan sus dotes de acuarelista, como bien lo reconoce el pintor Gonzalo Ariza en un artículo donde sostiene que las acuarelas de Uribe muestran el pleno dominio de esta difícil técnica y el magnífico acopio de conocimientos en cuanto se refiere a la vegetación, estructura y ambiente del clima medio colombiano. “Tenía el Mono Uribe un sentido asombroso de los colores; pintaba la naturaleza con la precisión del científico y la pasión del artista”. Seguía aquel principio renacentista y aún moderno

en que el arte y ciencia se regían por principios idénticos; en que el arte, la manera de hacer una cosa bien hecha, era expresión del espíritu y producto del conocimiento. En ese entonces un científico, un pintor, un arquitecto o un gobernante eran igualmente artistas y lo que realizaban, mediante la práctica de su arte, estaba orientado a un mismo fin... Si Uribe Piedrahita se hubiera desarrollado dentro de una especialización de las artes plásticas, en vez de la medicina, su carácter hubiera sido trascendental para nuestra evolución artística; con su sentido revolucionario hubiera roto los cánones de la academia modernista a que se han ceñido entre nosotros durante los últimos años el arte y la crítica (Ariza 1945)

A comienzos de los años cuarenta abandonó la literatura por la talla y la pintura. “Reafirmo mi amor por la pintura tanto como mi odio a las letras –dice en 1948– porque encuentro mejor drenaje de mis emociones con la pintura y la talla. Son mis lenguajes preferidos”. Es la etapa de su muerte literaria, del exilio de la literatura. “Las orquídeas –confiesa– me dan la tónica de los matices, por eso las prefiero a cualquier otro tema” (Zapata 1948). La naturaleza en sus diversas manifestaciones será una constante motivación presente tanto en su obra científica como literaria.

Según Moreno, Uribe fue un artista innato. Pintaba porque necesitaba hacerlo, por eso no tenía vanidades al respecto, a pesar de haber sido uno de los mejores acuarelistas del país. Sin embargo, Uribe siempre se consideró un aprendiz en arte como en literatura, por eso alguna vez se le oyó decir que le pediría a Dios le concediera la gracia de dejarle los primeros tres millones de años de eternidad para dedicarse a aprender a pintar (Moreno 1951). Para Uribe, el la opinión de Luque, el arte fue, como decía Deschanel:

la naturaleza interpretada por un alma, para otras almas'. Gustaba y comprendía las manifestaciones que expresaran armonía o perfección en la forma, que acariciaran los sentido o se acercaran al espíritu; así fuera el trémulo agitar de la luz o del sonido, las contorsiones de la línea o del relieve, las modulaciones del perfume o del color. Las acuarelas de Uribe Piedrahita resumían todas las cualidades de la técnica: dibujo perfectísimo, relación de distancia en los varios planos, diferencias de armonía entre los tonos y, como cualidad insuperable, la transparencia, la frescura y la limpieza inimitables en cada una de sus pinceladas. Era el maestro de las medias tintas suaves y ligeras; usaba el tono fuerte sólo como recurso en busca del contraste (Luque, 1952)

Lo que dijera Uribe del pintor Carlos Correa, resume lo que fue la actividad artística del escritor: “Pintura de la realidad, pintura de la tierra y del hombre, pintura del deseo, del amor y de la muerte, representado con toda sinceridad y el entusiasmo de un joven hecho hombre por la fuerza de su trabajo y de su comprensión” (Uribe P, 1938b). Nada mejor para concluir con este viaje por la vida y la actividad multifacética de este ser solitario y único entre la multitud, que con la voz de dos poetas contemporáneos del escritor, Aurelio Arturo (1909–1974), cuando canta que: “entre la noche cuando duerme /mi ciudad, hay un hombre que vela /.../ un hombre solitario para recoger el sueño / de mi ciudad y sus frías estrellas (Arturo 1934).

Bibliografía consultada

Alape, Arturo. *El Bogotazo, Memorial del olvido*. Bogotá: Universidad Central, 1983.

Ariza, Gonzalo. "La exposición de Uribe Piedrahita". *El Tiempo; Lecturas Dominicales*. Bogotá, mar. 5/45, p. 3 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 341–343.

Ariza, Gonzalo. "Arte contemporáneo" en: *Colombia en cifras*. Bogotá: PRAG, 1945.

Arturo, Aurelio. "Entre la multitud" (poema). *Acción Liberal*. Bogotá, 14:574–575, mar. 30/34.

Bonilla Naar, Alfonso. "Fragmentos de un elogio. En la muerte de César Uribe P.". *El Espectador*. Dic. 18/51, 4, 7.

Cobo–Borda, J. G., en: Uribe Piedrahita, César. *Toá. Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 7–16. También en "César Uribe Piedrahita. "Notas sobre la literatura colombiana" en: *Colombia, hoy*. Bogotá: Siglo XXI, 1978. p. 371–380.

———. "Literatura colombiana 1930–1946" en: *Reportaje de la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989. vol. 6, p. 35, 42, 44–45, 50, 57–59.

Dollero, Adolfo. *Cultura colombiana*. Bogotá: Cromos, 1930. p. 69, 80.

Emilia. "La vida extraordinaria de Uribe Piedrahita". *El Tiempo; Suplemento Literario*. Bogotá, dic. 30/51, p. 3 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 327–331, también de *Gaceta*. Bogotá, 2(14): sep./77.

"Escritos sobre Rendón (Ricardo)". *Revista PAN*. 27: 37–78, feb./39.

Nieto Caballero, Luis E. "César Uribe Piedrahita: el hombre y el artista". *El Tiempo; Suplemento Literario*. Dic. 30/51, p. 3.

Forero, Enrique. "Botánica" en: *Enciclopedia de Colombia*. Barcelona: Nueva Granada, s. f. Vol. 4, p. 354.

Franco, Horacio. "Evocación cordial. César Uribe Piedrahita". *El Tiempo; Suplemento Literario*. Dic. 30/51, p. 3 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 353–355.

García, Antonio. "Nota preliminar" en: Uribe Piedrahita, César. *Toá*. Manizales: Arturo Zapata, 1933. p. i–iv.

Helg, Aline. *Civiliser le peuple et former les élites. L'éducation en Colombie 1918–1957*. Paris: L'Harmattan, 1984.

Hubach, Enrique. "La sierra nevada de los Taironas". *Revista PAN*. 3: 1,3, oct./35.

Jaramillo Uribe, J. "La educación durante los gobiernos liberales 1930–1946". *Reportaje de la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989. Vol. 4, p. 108.

"Laboratorio CUP: Dr. César Uribe Piedrahita". *Colombia en cifras, 1944*. Bogotá, 1944. p. 386–390.

León Mazera, Lydia. *La novela de la selva hispanoamericana, nacimiento, desarrollo y transformación*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1971. p. 146–155.

Luque, Manuel J. "Personalidades de la profesión médica colombiana: Dr. César Uribe Piedrahita". *Progreso Farmacéutico*. Bogotá, 198–199: 27–28, en.–feb./52a.

———. . "Profesor César Uribe Piedrahita 1897–1951". *Revista de la Facultad de Medicina*. Bogotá, 20(8): 425–431, feb./52b, reprod. en *Laboratorio*. No. 29.

Medina, Álvaro. "Uribe Piedrahita: realismo y novela–collage". *Gaceta de Colcultura*. 2(14): 30–34, sep./77 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 369–380.

Mejía, Félix. "Estudios indígenas". *Universidad de Antioquia*. 8(31): 337–341, may.–jun./39 (con 28 ilustraciones de arte indígena colombiano elaboradas por el escritor).

Menton, Seymour. *La novela colombiana: planeta y satélites*. Bogotá: Plaza y Janés, 1978. p. 1.

Moreno Clavijo, Jorge. "Científico, novelista y pintor: César Uribe Piedrahita". *Cromos*. Bogotá, 73(1813): 30, dic. 29/51.

Mujica, Elisa. "Uribe Piedrahita", *Gaceta de Colcultura*. 2 (14): 39–40, sep./77 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 381–383.

Murillo, Luis María. "El arte por la ciencia: CUP". *El Tiempo; Suplemento Literario*. Bogotá, en. 6/52, p. 4 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 357–362.

Nieto Caballero, Luis E. "César Uribe Piedrahita: el hombre y el artista". *El Tiempo; Suplemento Literario*. Bogotá, dic. 18/51, p. 3 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 363–368.

Ortega Ricaurte, Carmen. *Diccionario de artistas de Colombia*. Bogotá: Carmen Ortega, 1965. p. 407–409. 2a. ed. Barcelona: Plaza y Janés, 1979. p. 491–492.

Ortiz, Luis B. "La laicidad en la escuela pública". *Acción Liberal*. 14: 585–588, mar. 30/34.

Paredes Pardo, Jaime. "Uribe Piedrahita, rector de la Universidad del Cauca". *Gaceta de Colcultura*. Bogotá, 2 (14): 39–40, sep./77 y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 385–388.

Porrás Collantes, E. *Bibliografía de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976. p. 734–737.

Poveda Ramos, Gabriel. "Cien años de ciencia en Colombia". *Reportaje de la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989. Vol. 4, p. 169, 171.

Ramírez, Dora Cecilia. "El Pan nuestro de cada mes". *Boletín cultural y bibliográfico*. Bogotá, 26(18): 56, 57, 1989.

Reclus, Eliseo. "Ríos", "Flora y fauna". *Colombia*. Bogotá: Sol y Luna, 1965 (1890). p. 61–102, 13–131.

———. *Voyage à la Sierra–Nevada de Sainte–Marthe. Paysages de la nature tropicale*. 2è. éd. Paris: Hachette, 1881 (1855). p. 25–30, 83–107, 129–134, 246–253.

Rengifo Salcedo, S. "Médicos ilustres". *Profilaxia*. Cali, 3: 4–8, en./52.

Rodríguez Garavito, A. "Ricardo Rendón en su mundo alucinante" en: *Rendón*. Medellín: Colina, 1976. p. 47.

Ruiz Gómez, Darío. "César Uribe Piedrahita: la forma de la novela". *Unaula*. Medellín, 6: 7–14, sep./86, reprod. en: Uribe P., César. *Toá y Mancha de aceite*. Medellín: Autores Antioqueños, 1992. p. 7–19.

Salazar S., Edgardo. "César Uribe Piedrahita", *El Tiempo; Suplemento Literario*. Dic. 30/44.

Salazar Satacoloma, E. "César Uribe Piedrahita" en: y en: Uribe P. C. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 333–340.

Santa, Eduardo. *¿Qué pasó el 9 de abril? Itinerario de una revolución frustrada*. Bogotá: Tercer Mundo, 1982.

Tisnés, Roberto, C.M.F. Nota necrológica de César Uribe, 1952.

Toro Villa, Gabriel. "Informe del presidente de Tesis" en: Uribe P., C. *Apuntes para una geografía médica de Antioquia*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1920. p. 7–8.

Ulises (Eduardo Zalamea Borda). "La ciudad y el mundo: César Uribe Piedrahita". *El Espectador*. Bogotá, en?/52.

Uribe Piedrahita, César. *Toá; narraciones de caucherías*. Manizales: Arturo Zapata, 1933.

———. "El pozo No. 6" (fragmento de *Mancha de aceite*). *Acción liberal*. Bogotá, 14: 547–567, mar. 30/34 (cap. 2 de la novela).

———. *Mancha de aceite*. Bogotá: Renacimiento, 1935.

———. *Apuntes para la geografía médica del ferrocarril de Urabá*. Medellín: Universidad de Antioquia–Tipografía Industrial, 1920

———. "Caribe: libro de aventuras". *Revista PAN*. 9: 53–57, jul./36.

———. "Caribe". *Revista PAN*. 15: 75–80, ag./37.

———. "Caribe: pesca de perlas (1)". *Revista de las Indias*. Bogotá, 2(6): 169–171, may./39.

———. "Diario de estudiante – Hojas de mi cartera (1914?)". Reproducido por *El Tiempo; Suplemento Literario*. Bogotá, dic. 30/51.

———. "Maderas" (ilustraciones). *Revista PAN*. Bogotá, 2: 34–38, sep./35.

- . "Teolt en Santa Marta". *Revista PAN*. 8: 39–41, jun./36a.
- . "Contribución al estudio del arte Quimbaya". *Revista de las Indias*. Bogotá, 1(2): 9–19, ag./36b (con 36 ilustraciones del escritor).
- . "Comentarios a 'Un repique sonoro'". *Revista Universidad de Antioquia*. Medellín, 6(22): 233–238, en./38a.
- . "Carlos Correa, pintor de la vida". *Revista PAN*. Bogotá, 24: 95–101, oct./38b.
- . "Estudios indígenas". *Revista Universidad de Antioquia*. 8(31):337–341, may.–jun./39a (con 28 ilustraciones de arte indígena colombiano elaboradas por el escritor).
- . "Sebastián de las Gracias". *Revista PAN*. Bogotá, 32: 83–92, jul./39b.
- . "O common infusion flagellate occurring in the caecal contents of the chicken". *Journal of Parasitology*. Boston, 8:58–65, 1921.
- . "Observations on the development of heterakis papillosa bloch in the chicken". *Harvard Medical School. Journal of Parasitology*. Boston, 8:167–176, 1922.
- . "A new invertebrate host of T. cruzi chagas". *Journal of Parasitology*. 12(4): 213–215, 1925.
- . "Crithidia ortheae n. sp. from reduviin of the genus orthea". *Journal of Parasitology*. 12:199–202, 1926a.
- . "A new invertebrate host of trypanosoma cruzi". *Journal of Parasitology*. 12: 213–215, 1926b.
- . *Contribución al estudio de los Tripanosomas de los équidos en Colombia*. Bogotá: Minerva, 1929.
- . *Infección del rhodnius prolixus stahl por tripanosoma cruzi y tripanosoma rangeli*. Bogotá: Minerva, 1929. Publicado también en la *Revista Médico–Quirúrgica de los Hospitales*. 3(20): 133–137, nov./29b.
- . "Notas sobre una trypanosoma de los bovinos en Colombia". *Revista Médica de Colombia*. 1(11): 701, 1931.
- . "Esquema para un estudio de la patología indígena en Colombia". *América Indígena*. México, 2(1): 67–74, en./41.
- . "Una nueva especie de cercaria cistófora de la Sabana de Bogotá". *Publicaciones del Laboratorio CUP*. Bogotá: Helios, 1944.
- . "Niaara. Primer estudio farmacodinámico de un veneno para flecha". *Revista de la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá, 3: 177, 1945.
- . Uribe P. y Klamán Mezey. "Niaara. Un veneno de flecha originario de Colombia". *Anales de la Sociedad de Biología*. Bogotá, 2(4), jul./46.

- . "Un mixobolidae parásito de la vesícula biliar de una rana de los llanos orientales". *Caldasia*. Bogotá, 4(20):649, sep./47a.
- . "Observaciones sobre un trichomonas sp (ariarii)". *Caldasia*. 4(20): 651, sep./47b.
- . "Pneumoneces medioplexus Stafford 1905". *Caldasia*. 5:218, 1948a.
- . "Anotaciones sobre la morfología de *prokawekella lacertae grassi* 1879". *Caldasia*. 5(21): 216, mar./48b.
- . Uribe P. y Klamann Mezey, J. Pataky and J. Huertas. "Niaara; a digitalis -like colombian arrow poison". The César Uribe Piedrahita Research Laboratorie, Bogotá. *The Journal of Pharmacology and Experimental Therapeutics*. 93(2): 223, jun./48c. Reprod. en *Farmacoterapia Actual*. Madrid, 6(55-56), en.-feb./49.
- . "Contribución al estudio de algunos trematodos larvarios en Colombia". *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicoquímicas y Naturales*. 7: 526-542, 1950.
- . Uribe Piedrahita, César, Santiago Renjifo y Hernando Groot."Contribución al estudio de trypanosomas humanos y de animales en Colombia". *Revista de Higiene*. Bogotá, 24(1): 4, en./50a. y en *Antioquia Médica*. Medellín, 1(3): 295-296, nov./50a (resumen de la investigación).
- . "Contribución al estudio de trypanosomas humanos". *Revista de la Sanidad Militar de Colombia*. Bogotá, 1:76-134, abr./50b.
- . "Nota preliminar sobre un trypanosoma humano del Valle del río Ariari, intendencia nacional del Meta". *Revista de la Sanidad Militar de Colombia*. 1: 85-95, abr./50. Aparece también en la *Revista de Higiene*. 24(1): 13, 1950c
- . "Contribución al estudio de algunos trematodos larvarios de Colombia". *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicoquímicas y Naturales*. 7(28), 1950f.
- . Uribe P., H. Groot y S. Renjifo. "Nuevos datos sobre trypanosoma ariarii". *Anales de la Sociedad de Biología de Bogotá*. 4(3): 81-84, 1950g.
- . "Inoculación a un voluntario humano con trypanosoma sp. (ariari)". *Anales de la Sociedad de Biología de Bogotá*. 4(3): 99-103, 1950h.
- . Uribe P. y H. Groot. "Transmisión experimental de tripanosoma ariari". *Anales de la Sociedad de Biología de Bogotá*. 4:221-225, 1950i.
- Uribe White, Enrique. "César Uribe Piedrahita". *Revista PAN*. 2: 114-116, sep./35a.
- . "Una excursión al Puracé". *Revista PAN*. 2: 1-6, sep./35b y en: *Redada: 1934-1976*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977. p. 347- 349.
- . "Sillón del Editor". *Revista PAN*. 8: 155-156, jun./36.

———. "César Uribe Piedrahita". *Redada: 1934–1976*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977. p. 174, 178, 327–330.

Valle, M.A. "Otra magnífica novela americana". *Revista de las Indias*. Bogotá, 1(1): ii–iv, dic./38–mar./39.

Zapata Olivella, Manuel. "El mono Uribe Piedrahita. Sección Segunda de *El Tiempo*". Bogotá, jul. 11/48, p. 3 y en: Uribe P., César. *Toá y Mancha de aceite*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1979. p. 345–352.

NOTAS

¹ Capítulo del libro *Naturaleza y realidad social en César Uribe Piedrahita* (Medellín, Concejo de Medellín, 1993, Premio de Literatura 1992).